

Casa Colorada en La Mesa, Colombia

Proyecto: 2021

Construcción: 2023

Superficie: 82,50 m²

Ubicación: La Mesa, Cundinamarca, Colombia

Colaboradores: Jordi Jorba (estructura)

Fotografía: Faber Franco, Mili/Fidel

Proyectar en la selva –vasta, salvaje, carente de referencias construidas– exige una comprensión tan atenta del lugar como de lo que significa construir en él. Cuando la naturaleza aparece infinita, ¿cómo acotarla sin fracturarla, interpretándola? Proyectar en ella es mediar: que el espacio natural, aunque extenso, se vuelva comprensible, finito, en un fragmento: doméstico.

Nos fijamos en las construcciones vernáculas locales. En las malocas, espacios de vida en comunidad, el espacio central, definido por cuatro postes, acoge danzas, ritos y ceremonias, mientras que el ámbito práctico-doméstico sucede en el perímetro. Nuestro proyecto parte de esta idea. De la arquitectura cafetera tomamos el lenguaje constructivo y el cromatismo de largos entramados vistosos.

La casa, asentada en una pequeña terraza –excepción de la ladera casi vertical que levanta la meseta de La Mesa–, reposa sobre una estructura roja que toca de puntillas la selva. Empieza en este centro-patio, se piensa de dentro a fuera. Llegar a ella es una secuencia que exige dejar atrás el valle y casi toparse con el muro verde de la montaña, para ir volviendo a él, descubriéndolo poco a poco en la ascensión que conduce la casa. Todas sus aperturas son marcos, fondos o fragmentos que acompañan cada actividad: ver la puesta del sol, cocinar, darse un baño o ver el cielo antes de descansar.

El paisaje del patio es otro paisaje, ahora cercano: la naturaleza aparece en detalle. Desde cada estancia se aprecian las copas de los árboles, no sus tallos; las grandes hojas y el rocío. La casa sucede en la extrusión irregular de su límite. Ensanchándolo, deja de ser límite –que separa– y se convierte en intersticio, *limes*, lugar de intercambio.

La envolvente es ligera para afectar lo menos posible el terreno. Las fachadas están formadas por paneles prefabricados y modulares, ensamblados en seco. También la estructura roja se atornilla en obra, permitiendo que la casa pueda desmontarse y desaparecer, dejando solo las zapatas de sus cuatro pilares, hechas con hormigón con piedras del propio terreno. E incluso, montarse de nuevo en otro lugar.

El proyecto no pretende dominar el paisaje, sino insertarse en él con cuidado, empatía y curiosidad. La casa escucha: al terreno, a los animales que pasan por debajo, a los árboles que ofrecen sus frutos al alcance de la mano desde el interior y a los ritmos que dan forma a la vida cotidiana. Es menos un objeto que un acto de coexistencia. La sintonía aquí es espacial, material y temporal. Así, abraza la impermanencia y la contingencia, permitiendo que la presencia humana se integre suavemente en la ecología. Resiste los paradigmas estéticos dominantes, al trabajar no desde el simbolismo o el control, sino desde la reciprocidad. La arquitectura se vuelve porosa, siempre en proceso de devenir—borrosa, habitada, transformada.

ACTO

María Figueras Cervelló

Cristina Marcos Murgadas